

## **Ella nunca lo haría**

El frío recibimiento brindado por los trabajadores del centro de acogida me hizo comprender en parte por qué nadie más había optado al empleo. Los escasos medicamentos de los que disponían habían sido desechados por hospitales y clínicas, en gran medida por estar caducados. Bendita generosidad. En una ruinoso habitación, que pretendía ser un quirófano, la pintura cuarteada del techo se desprendía sobre una solitaria mesa oxidada como moscas sobre un cadáver. El recinto exterior era incluso peor: palés de madera y pedazos de plástico se habían aprovechado para construir cobijos tan precarios que apenas protegían de las inclemencias del frío o de la lluvia. Los animales allí hacinados debían soportar la hediondez de su cautiverio en jaulas saturadas de deposiciones y charcos de orines. El panorama, aunque desolador, me hizo recordar los motivos que me habían alentado a ser veterinaria.

Había una jaula en la entrada trasera del refugio. La función en su momento había sido la de mantener en cuarentena a los recién llegados, no obstante, la masificación del centro la había convertido en un simple alojamiento más. Cuando la visité por primera vez, me sorprendió comprobar que la ocupaba un solitario inquilino al que habían apodado Lobo. Poseía las características de un perro pastor y, sin embargo, la raya gris que le cruzaba el cráneo desde las orejas aguzadas hasta el hocico le otorgaba, junto con las cicatrices en el pelaje jaspeado, un aspecto indómito. Aunque se mostraba violento con otros animales, su actitud hacia las personas nunca resultaba desafiante, más bien indiferente. No observé en él señales de agresividad por dominancia o miedo. Cuando me oía llegar se retiraba al fondo de la perrera con tranquilidad y esperaba echado, casi humillado, a que le dejase el pienso.

A Lobo lo habían capturado en las inmediaciones del pueblo días antes de mi llegada. Los lugareños lo creían responsable de diversos ataques al ganado y quiso la casualidad que acabase en una perrera y no colgado de un árbol con una soga al cuello. Siempre había

sospechado que en el ámbito rural existía una tendencia inherente a magnificar los escasos acontecimientos que rompían la insufrible monotonía. Pude confirmarlo en alguna visita al reducido núcleo urbano, pues terminaba por oír alguna historia sobre rebaños devorados por completo o vecinos que en cuestión de días perdían la chaveta y desaparecían en el bosque.

Un día me adentré en la jaula de Lobo para dejarle el plato. Al darme la vuelta vi que se había colocado a mi espalda, de manera que resultaba imposible alcanzar la puerta sin esquivarlo. Arrugó los bellos mostrándome los colmillos afilados y experimenté en la boca del estómago algo semejante a lo que percibiría una presa ante su depredador. El pelo crestado de su lomo se erizó; mi piel, también. Me tenía acorralada como un gazapo indefenso. Nos miramos y sostuve la respiración durante un instante que se eternizó. Intenté sortearlo por un flanco; él retrocedió hacia un lado y lo evitó. Opté por darle una orden contundente a la vez que extendía el brazo para que se apartara. Hizo caso omiso. Repetí el gesto, sin pensar que podría recibir una represalia por su parte, ¡qué ingenua! De forma breve, casi furtiva, me mordió el antebrazo y se retiró. Y salí de allí sin más oposición por su parte.

Por lo superficial de la herida parecía una mera advertencia: no invadas mi espacio; por supuesto nunca dudé de que lo acontecido pudiera responder a un atisbo de maldad, pues los animales no poseen esa cualidad que, por otro lado, es exclusivamente humana. Una vez recuperada del sobresalto, decidí aplicarme curas con antiséptico y vendarme. Preferí tratarme por mi cuenta en lugar de acudir al hospital más cercano, ya que se hallaba a kilómetros del refugio. Consideré que una semana de antibióticos sería profilaxis suficiente para una posible infección secundaria y en cuanto a la rabia, bueno, me preocupó más bien poco; durante las últimas décadas no se había dado ni un solo caso autóctono en toda la península. Pasadas unas horas, me tragué un antiinflamatorio para rebajar la hinchazón del músculo y me dispuse a dormir. Pero aquella experiencia debió de afectarme más de lo que en primera instancia consideré, pues esa misma noche tuve una angustiante pesadilla.

Mi conciencia, despojada de cuerpo, se bañaba en un silencio opaco. Sin capacidad para la reacción, unas pequeñas trazas luminosas surgieron de la nada, igual que esos diminutos puntos caleidoscópicos que se ven al cerrar los ojos con fuerza. Mis temores se cimentaron al comprobar que el enjambre de luces emanaba del tejido brillante tras la retina de los depredadores nocturnos. La centelleante manada me rodeó. El murmullo de los gruñidos comenzó a extenderse con aspereza alrededor de mi piel... Desperté con un regusto ferroso en el paladar y la certeza de haberme mordido la lengua mientras soñaba.

Tras el incidente, Lobo se mostraba más confiado conmigo, y yo bastante menos con él. Los pequeños hoyos del brazo se revistieron de costras que cicatrizaron sin dificultad con el tiempo, sin embargo, desde entonces no conseguía dormir bien. Durante el día necesitaba tomar más café del habitual para mantenerme despierta y cuando llegaba la hora de descansar, en lugar de caer sobre la cama de puro agotamiento, me desvelaba y daba vueltas por la habitación igual que una bestia enjaulada. Un extraño tipo de ansiedad se apoderaba de mí cada noche, como si mi nivel hormonal estuviese en plena efervescencia adolescente. Y por si fuera poco, si al fin conseguía conciliar el sueño, de nuevo la maldita pesadilla recurrente se asomaba entre las tinieblas de mi inconsciencia.

Mi trabajo en el refugio desmejoró desde entonces con el paso de los días. Los animales fruncían los belfos y gruñían en clara señal de amenaza en cuanto advertían mi presencia. Todos menos Lobo; él me esperaba en la puerta de su perrera y su lengua rebañaba mi mano antes incluso de abrir el cerrojo. No sé en qué momento logró convencerme de que no volvería a dañarme, pero lo hizo, así que él concentró toda mi necesidad de conectar con otro ser. Comprendí que había empatizado con él de tal manera que me asaltaba su misma tristeza, como si nuestras almas fuesen mariposas que alguien hubiese atravesado con un alfiler y clavado en un corcho. Una idea eclosionó en mi mente: debíamos salir de allí; tenía que liberarnos.

La expectante luna creciente iluminaba la noche templada. Lobo me esperaba sumiso y feliz; él era consciente de lo que me disponía a hacer; quizás antes incluso que yo misma. Cuando abrí la puerta de la jaula, se abalanzó sobre mí colmándome de lametazos. Salimos del recinto vallado y aceleramos nuestros pasos por el sendero de tierra hacia el bosque. Nos precipitamos hacia la maleza, con una gratificante y renovada sensación de libertad. Los aromas de la floresta nocturna se impregnaron en mí como nunca antes lo habían hecho y me arranqué la incómoda ropa que ahora se me antojaba pesada y artificiosa. Corrí desnuda bajo el manto de la oscuridad hasta llegar a un claro. Allí me detuve hechizada, en completa armonía con la naturaleza. De la penumbra asomó la noble figura de Lobo arrancándome del éxtasis en el que me hallaba inmersa. Portaba algo en la boca. Se lo arrebaté de las fauces de la misma forma que un cazador cobraría la pieza de su perdiguero. Lo que fuera aquello estaba cubierto de tierra y hedía a muerte. Lo elevé entre mis manos para observarlo con detenimiento y descubrí que el pedazo de carne putrefacta era una mano mordisqueada. En ese instante, varias figuras emergieron dispersándose alrededor en círculo. Temí al ver cómo una cuadrilla de animales semejantes a Lobo me acechaba; aunque no estaba sola, ¿o sí?

Lobo se retiró de mi lado para unirse a la manada. Mantuvo la distancia con la mirada clavada en mí, igual que el día del incidente. Comprendí que aguardaba algo. Y en ese momento su instinto afloró en mí. Desgarré el tejido podrido a dentelladas; las diminutas falanges y las uñas terrosas crujieron entre mis muelas. Me obligué a engullir aquel despojo, bocado a bocado. La inhumanidad que experimenté en aquel acto no dejaba lugar al arrepentimiento. Entonces me agazapé de manera sosegada ante la jauría en clara señal de sumisión. Lobo volvió a acercarse y esta vez me rodeó. Se alzó sobre mi espalda encorvada y me penetró con su pene huesudo. Los aullidos de la manada se elevaron desde el calvero hacia el cielo cuajado de estrellas donde una sonrisa afilada y pálida atestiguó que mi vida cambiaría por completo a partir de aquella noche de metamorfosis.

**Germinal García**